

La psicología del hombre posmoderno desde la semiología apocalíptica escatológica

Mario Pereyra

Bajo los signos apocalípticos

En uno de sus últimos discursos, Jesús se refirió a los acontecimientos del futuro. Su estilo diáfano y plástico, que frecuentemente entonaba el encanto cotidiano y la música de la naturaleza, cambió de lenguaje en esa ocasión para usar los símbolos apocalípticos y las figuras escatológicas. Dijo entonces:

Habrà señales en el sol, en la luna y en las estrellas y en la tierra, angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del hombre que vendrá en una nube con poder y gran gloria. (S. Lucas 21:25-26)

Esos "signos", "síntomas" o "señales" (Foulquié, 1967, pp. 345 y 956) se ubican cronológicamente después de una serie de eventos proféticos referidos a sucesos acaecidos durante los siglos I al XVIII y describen los hechos más relevantes que ocurrirían antes del fin de la historia. Por lo tanto el texto se aplica a la época contemporánea y nos incumbe a nosotros, habitantes de las postrimerías del siglo XX. La predicción de Jesús pone de relieve la presencia de seis sucesos especiales, que aparecen instalados antes



Mario Pereyra es Licenciado en Psicología y se desempeña actualmente como director de la carrera de Psicología de la Universidad Adventista del Plata.

del acontecimiento excluyente que constituye la *parusía* o la segunda venida de Cristo a la tierra, cuando Dios pondrá fin a la pesadilla de este mundo e inaugurará un "nuevo orden" de realidades felices que concretará la aspiración de eternidad, justicia y amor que palpita en la esperanza cristiana. De modo que las seis señales últimas, predecesoras de esa instancia suprema del cambio de los tiempos, son de una significación trascendente para ubicarnos en el reloj profético y descubrir las líneas o trayectorias que recorrerá la historia en los tiempos del fin. Este es el ámbito de lo escatológico. Al investigarlo observamos que tres de los signos anunciados son fenómenos astronómicos y los otros tres experiencias humanas de carácter psicológico. También descubrimos que los tres primeros ya son historia y que actualmente vivimos bajo los signos psicológicos. La señal del sol y la luna ocurrió el 19 de mayo de 1780 cuando insólitamente se apagó el astro rey y la luna apareció teñida de rojo. El indicador de las estrellas aconteció el 13 de noviembre de 1833 cuando una prodigiosa lluvia de meteoritos cayó sobre el Océano Atlántico en el hemisferio norte. Nunca antes ni después ocurrió nada igual. Esos fenómenos reprodujeron exactamente el anuncio profético que

proclamaba el inicio de los tiempos del fin.

Las señales psicológicas, según la proclamación escatológica de Jesucristo, conmoverían la vida humana y tendrían una extensión universalmente perturbadora. Aparecen enumerados en una secuencia que empieza por la *angustia* colectiva (*angustia de las gentes*), continúa con la *confusión* o la perplejidad incierta (*confundidas a causa del bramido del mar y de las olas*) y termina con el *desfallecimiento* o la insensibilidad temerosa (*desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra*). Estas vivencias se presentan en forma consecutiva y en un proceso creciente de malestar o deterioros de la salud mental. Parecen constituir formas globales de comportamiento o estilos específicos de vida, es decir, modelos psicológicos o, más bien, psicopatológicos, que en un estudio más profundo veremos que se corresponden con cuadros psiquiátricos asociados, consecutivamente, al orden de las neurosis, a los estados fronterizos y a la psicosis. Nuestra propuesta de trabajo es realizar un análisis de estos signos apocalípticos de nuestra época para abordar la psicología del hombre posmoderno e intentar una nueva comprensión del mensaje profético.

Raskólnikov o de la angustia contemporánea

El interés por la angustia se inicia en la segunda mitad del siglo pasado debido a que el racionalismo optimista imperante en los siglos anteriores había aumentado las sombras de la inquietud humana (Marcel, 1956, pp. 90 y 136). Es recién en 1844 —fecha privilegiada por las profecías bíblicas— cuando el filósofo danés Sören Kierkegaard escribe *El concepto de la angustia*, despertando la conciencia a las honduras tormentosas de la ansiedad. Posteriormente, Nietzsche (1844-1901), Heidegger (1889-1976), Sartre (1905-1980) y Camus (1913-1960), entre otros, ubicaron a la angustia en el centro del horizonte del pensamiento filosófico contemporáneo. Para Heidegger la angustia “nos coloca en presencia del mundo en tanto mundo” y “se revela como la problematización por sí mismo del existente que yo soy” (Abbagnano, 1964, Vol.3, p. 486), es decir, despierta la conciencia a la realidad auténtica de la existencia humana, signada por la culpa, la nada y la permanente presencia de la muerte.

En la búsqueda de un ejemplo que pueda simbolizar esas vivencias opresoras y que de alguna manera represente la concepción de la época, quizás el más dramático haya sido el protagonista de la obra de

Dostoievski, *Crimen y castigo*, (1866; 1978), Raskólnikov. Se trata de un joven estudiante que vive en la miseria, buscando una salida a su pobreza. Raskólnikov un día conoce a una vieja usurera y avara. Reflexiona, ¿qué vale la existencia de ese ser miserable en comparación a la suya? Si se apoderara de su dinero podría ayudar a su madre y hermana, pagar los estudios y hacer el bien por doquiera. Llevado por las circunstancias, la asalta y golpea, hasta matarla. Por un extraño concurso de los hechos ningún indicio permite a los jueces sospechar de él. Entonces empieza el verdadero drama del castigo interior. “Una mortal sensación de torturante, infinita soledad y aislamiento se revelaba de pronto a su conciencia” (Dostoievski, 1978, vol. 1, p. 105). Estremecido por un temblor nervioso, se despertaba sobresaltado por las noches, en plena oscuridad, transido de espanto, con el corazón palpitante, escuchando en su delirio gritos horribles y violentos castigos. Vivía ahogado por la angustia, susceptible e irritable, con una terrible sensación extraña y espantosa. Permanecía ensimismado y adusto, con el ceño fruncido, apretados los labios y los ojos encendidos, encerrado en su cuartucho. La historia llega a su desenlace cuando Sonia, una prostituta, lo convence de que confiese. Inspirado en las palabras del evangelio: “*Quien cree en mí, aunque esté muerto, vivirá*”, experimenta el arrepentimiento que lo rescata de la culpa y angustia, devolviéndole la libertad interior.

Dostoievski tuvo la intuición premonitrice de percibir el rol decisivo que jugaría la angustia en el siglo XX. En ese sentido, S. Freud, en 1930, diagnosticó acertadamente el estado de “agitación”, “infelicidad” y de “angustia”, que se vivía por ese entonces, debido a las “perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción” (1967, pp. 87-88). Pocos años después, en 1936, fue Karen Horney (1969) quien escribió acerca de “las dificultades que reinan en nuestro tiempo y en nuestra cultura”, debido a “los conflictos psíquicos que padecemos” (pp. 33 y 231) generadores de neurosis y manifestados por la angustia. Para Horney la angustia es el síntoma característico de las neurosis y el rasgo que mejor las define.

Así pues, para los filósofos, la angustia es la expresión del desarraigo, de la soledad absoluta ante el infinito, de la culpabilidad ontológica. Para los psicólogos, es un indicador de un desorden emocional y un lenguaje de la neurosis. En tanto que para la profecía, es una señal de la proximidad de los tiempos

mesiánicos, el primer trecho del camino que transita hacia el fin; como una moderna o posmoderna *Divina Comedia*, que se inicia en el círculo del infierno habitado por los perturbados emocionales o neuróticos. Por último, agregamos que esta etapa, en gran medida, pertenece al pasado. Podríamos decir que la angustia tuvo su protagonismo desde mediados del siglo pasado hasta promediar el actual. Ahora, la aventura dantesca continúa por el signo de la *confusión*.

Emilio Sinclair o de la perplejidad ambivalente

El texto del evangelio que traduce el término *confusión* es “aporía”, que significa “dificultad”, “incertidumbre”, “duda” o “escepticismo”; literalmente es “sin poros”, sin camino o salida. “La aporía podría, ser también llamada —y así efectivamente lo ha sido— antinomia o paradoja” (Ferrater Mora, 1965, vol. 1, p. 122).

Afirma la profecía que ese estado paradójico se produciría *a causa del bramido del mar y de las olas*. En la simbología apocalíptica “la señal de muchas aguas” significa “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas” (Apocalipsis 17:15). Por tanto, la confusión aparece como resultado de los movimientos de las multitudes (v. gr. manifestaciones, revoluciones, guerras) o de las voces provenientes de todas partes del mundo que emiten mensajes contradictorios o antagónicos (¿quién tiene la verdad? ¿a quién creer?). Así se produce el desconcierto y la perplejidad. Se instala la duda y la inseguridad. El escepticismo corroe el ámbito de las ideologías, la política, la religión y perturba las raíces de la personalidad. Los niños formados en la confusión se transforman en ambiguos, indefinidos o “andróginos” (Margulis, 1992), como es dado llamar a esos seres unisex, al estilo de Michael Jackson. Es de hacer notar que ya no se trata de un problema emocional con repercusiones somáticas como es la angustia, sino de una cuestión que altera la identidad y la organización misma del ser. La confusión habla de la incapacidad para discriminar, de una severa alteración del sentido de la realidad que afecta las funciones del pensamiento. Así el reino de la ambigüedad bordea los abismos de la locura. Es un estado fronterizo o *bordeline* con la conciencia lúcida.

Quien describió admirablemente el fenómeno de la ambivalencia fue Hermann Hesse (1877-1962), premio nobel de literatura y prodigioso escritor alemán, que vivió en Suiza durante las dos guerras mundiales como observador privilegiado de los sucesos que con-

movían al mundo en esos días. En su obra *Demian*, el protagonista principal, Emilio Sinclair, encarna el adolescente perturbado por la confusión de los cambios propios de la edad y los sucesos políticos previos a la guerra. Vive en un profundo antagonismo anímico, experimentando la sensación de ser habitante de dos mundos: “el demoníaco, encubierto y silenciado” y el “mundo luminoso” de la vida ordenada y creyente (Hesse, 1974, p. 68). Dice el protagonista: “Mi estado durante aquella época fue una especie de locura. En medio de la ordenada paz de nuestra casa vivía yo huracán y atormentado como un fantasma” (p. 100). Sinclair es inestable, ambivalente, contradictorio, con sentimientos mixtos “de júbilo y temor”. Dentro de sí coexisten Caín y Abel, según confiesa. Oscila entre las idealizaciones y las desvalorizaciones extremas

Tal era yo: una escoria, una basura, borracho y suicio, repugnante y grosero, una bestia salvaje dominada por asquerosos instintos. ¡Yo, que venía de aquellos jardines en los que todo era pureza, resplandor y suave delicadeza! ¡Yo, que había amado la música de Bach y las bellas poesías! Penetrado de asco y de indignación, oía aún mi propia risa, una risa ebria, desenfrenada, que fluía a borbotones. ¡Aquello era yo! (p. 111).

Sus fluctuaciones y dudas también afectaban su identidad sexual, “la imagen onírica medio masculina y medio femenina... no vivía ya sólo en mis sueños ni pintada en papel, sino dentro de mí, como un deseo y una superación de mi mismo” (pp. 161, 162).

Seguramente que la confusión y la incertidumbre ha dominado y domina nuestra cultura. En ese sentido, Erich Fromm (1970), atribuyó este fenómeno a la pérdida del sentido de sí mismo, a causa del “espectro de una sociedad completamente mecanizada, dedicada a la máxima producción y al máximo consumo de materiales y dirigida por máquinas computadoras” (p. 13). Anunció que “la sociedad va camino a la barbarie”, como resultado del “robotismo”, la “automatización” y la “burocratización” manipuladora, factores promotores de la “locura y la destrucción” (p. 300). Fue en esos años de la década del 60 cuando adquirieron relevancia los movimientos juveniles de los hippies, la música rock, los beats y las protestas que conmocionaron el mundo en 1968, todo dominado por la efervescencia desconcertante de la ambivalencia.

De esta manera, nuestra civilización ha venido avanzando por el camino de la deshumanización, transitando peligrosamente por los territorios que bordean los abismos de la enajenación bajo el influjo de los

grandes movimientos sociales. Es un círculo más profundo y siniestro, que dibuja la trayectoria dantesca perfilada por el itinerario profético. Reiteramos que desde la cultura neurótica pasamos a la “bordeline”, bajo el signo de la confusión masiva.

La época de Saúl o de la paranoia colectiva

Finalmente llegamos a la última señal, la del *desfallecimiento*. Esta expresión traduce el término “apopsucö”, que en forma más precisa significa algo que proviene de lo frío o que produce frialdad (ver Mateo 24:12). Se refiere a cierta condición de frialdad o insensibilidad. ¿Cómo se interpreta en la profecía? ¿Quiénes son estos fríos o insensibles? La frialdad habla de la incapacidad para sentir o para experimentar emociones. Este es un rasgo característico de los enfermos mentales, en quienes las emociones están disociados de las representaciones o ideas. El término *esquizofrenia*, por ejemplo, hace referencia precisamente al fenómeno de *hendir* (schizein) o separar la sede de las pasiones y los sentimientos (*phren*=diafragma) de la razón. Describe la actitud indiferente de los enfermos mentales, en quienes nada “parece ya afectarlos” (Minkowski, 1954). En consecuencia, la profecía indicaría un estado de perturbación del pensamiento, de enfermedad mental o psicosis. Sin embargo, hay muchos tipos de psicosis. ¿A cuál se refiere el Señor Jesucristo? El texto agrega que la insensibilidad es *por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra*; esto es, por sentirse amenazados por los peligros del entorno. ¿Quiénes son los que viven atemorizados por los males reales o supuestos que les rodean? Sin duda, son los enfermos paranoicos.

Se trata de personas de apariencia normal, que razonan en cierta manera lógica, pero en quienes sus temores exagerados los llevan a pensar que los más insignificantes hechos son indicios de una conspiración o complot preparado siniestramente (por individuos poderosos, sectas u organizaciones terroristas) para destruirlo. Si se intenta demostrar que eso es exagerado, que no hay suficientes razones para tal conclusión, el paranoico reforzará sus argumentos con la sospecha de quien le habla es otro agente de la malvada conspiración. En otros casos, se supone espiado por todos, que hablan de él o murmuran de él (delirio de referencia). Otros se sienten traicionados, juzgados injustamente y movidos a defender su honor, derechos e intereses menoscabados (delirio de injusticia). Son los eternos pleitistas, que viven reclamando reivindicación. “A veces estos sujetos, verdaderos ‘persegui-

dos-perseguidores’, rodeados de enemigos y exasperados, ‘hacen justicia’ y llegan hasta el crimen contra sus enemigos” (Ey, 1978, p. 451).

Entre los muchos ejemplos de la literatura, el cine o la T.V. que podrían ilustrar este tipo de comportamiento —por ej., los personajes de Kafka o Fernando Vidal de Sábato (1986) o aquel famoso caso de la serie televisiva *El fugitivo*—, nos inclinamos por el caso del primer rey de Israel, Saúl, por ser un ejemplo clásico de una psicosis paranoide, que simboliza magistralmente la enfermedad de la fe. Es una historia conocida y triste, que registra el libro bíblico de Samuel, de alguien que fue consagrado por Dios para hacer una tarea excepcional, pero su desobediencia y orgullo lo llevaron a prescindir del Todopoderoso, a vivir atemorizado por mantener el poder, perseguir despiadadamente a David, su sucesor, y finalmente a terminar trágicamente en una derrota humillante que lo llevó al suicidio. Así el signo de Saúl, su desconfianza y paranoia, podría ser el paradigma que la profecía presagia como la figura predominante en el mundo que precedería a la aparición del Mesías y que caracterizaría al hombre posmoderno.

La psicología del hombre posmoderno

La palabra “posmoderno” fue utilizada a fines de los años 60 por algunos críticos norteamericanos a partir de ciertas categorías procedentes del postestructuralismo francés (Derrida, Kristeva, Barthes). Con la publicación, *La condición posmoderna* de Jean-Francois Lyotard, en 1979, el concepto de posmodernidad se difunde rápidamente. Lyotard veía la sociedad posmoderna como una confusa serie de “juegos de lenguaje”, de enunciados de distintos tipos, cada uno obediente a sus propias reglas. Sería la gama de diferentes posibilidades que desembocan en un mundo en que lo humano se despersonaliza convirtiéndose en series de códigos y signos. Así el incremento de la tecnocracia trae aparejado una pérdida de la identidad y de la comunicación personal directa. Otros factores que contribuyeron a definir la nueva época o el “nuevo orden internacional”, han sido la caída del muro de Berlín, la Guerra del Golfo, el agotamiento de los parámetros ideológicos precedentes, el fin de la bipolaridad Este-Oeste y el afianzamiento de EE.UU. como única potencia militar.

Este nuevo escenario epocal, como es sabido, surge de la crítica a la noción de modernidad. En ese sentido, K. Gergen (1991) sostiene que el hombre posmoderno surge a partir de las dos etapas anteriores: la

visión romántica del siglo XIX y la cosmovisión modernista de principios de nuestro siglo. Destaca tres etapas a semejanza de la profecía de Jesús. La primera, el romanticismo, estaría caracterizada por el subjetivismo, la fuerza de la pasión, la creatividad, la presencia de lo oculto, lo latente y profundo. Consagra la importancia del individuo y la inspiración de los genios, los valores de la amistad, los lazos del amor conyugal y la unidad familiar. Es cuando impera el sistema de la familia extendida (toda la parentela). Luego, con el modernismo, se imponen nuevos valores que derrumban la visión romántica. Se promueve la evidencia objetiva, la utilidad racional, el desarrollo científico y el descubrimiento de las leyes de la naturaleza. Domina el argumento del progreso y la maquinización. La inquietud romántica por lo oculto y los sentimientos profundos (entre ellos la angustia), queda remplazada por el yo racional, ordenado y accesible. Sin embargo, los valores positivistas de la verdad, la objetividad y la razón, reprimen las emociones, con sus inevitables consecuencias psicossomáticas y producen la disociación de la familia, que adopta la forma de la familia “cápsula” (el matrimonio y sus hijos). Entonces, comienza la hora de la posmodernidad, impuesta por la hegemonía de la *tecnología de alto nivel* (el desarrollo de la navegación aérea, los vídeos y las innovaciones electrónicas). Entonces se multiplican las relaciones e intercambios. Crece prodigiosamente la información y la oferta consumista. El yo es bombardeado e invadido por la propaganda hasta sucumbir en un estado de saturación. “A medida que avanza la saturación social —dice Gergen—, acabamos por convertirnos en pastiches, en imitaciones baratas de los demás” (p. 63). Es el síndrome de la *multifrenia*, “la escisión del individuo en una multiplicidad de investiduras de su yo” (p. 103). Se desintegra la familia cápsula, aparecen las familias monoparentales, las familias “ensambladas” o “reconstituidas” —del tipo “los míos, los tuyos y los nuestros” (Wainerman, 1994)—, el abandono y la soledad. Se quiebran los patrones de objetividad y racionalidad que afirmaba la modernidad. Impera el fenómeno del pluralismo y la multiplicidad, donde la incoherencia es norma (v. gr. los videoclips y videogames). En estas condiciones, cuando se han disuelto las coordenadas que antes creíamos firmes, se ha perdido la fe e incrementado en forma alarmante la violencia, la delincuencia y el terrorismo nacional e internacional, ¿acaso no vivimos todos temerosos, amenazados y sospechando de todo y de todos? ¿no somos todos un poco (o mucho) paranoicos? (pp. 63, 103, 106).

Tod Sloan (1990), estudiando la personalidad posmoderna desde la perspectiva psicoanalítica, proponía considerar “la inmensa complejidad de las interacciones e imágenes que el niño tiene que integrar y a partir de las cuales tiene que organizar un sentido estable de su yo”, como una empresa muy difícil de “lograr una subjetividad autónoma y capaz de reflexión crítica” (p. 195). Para la estructura mental del niño, bajo esos efectos, “el otro no existe como ser independiente. Aspectos parciales del otro están incorporados en el sentido del yo, o en imágenes idealizadas, poderosas y destructoras. En consecuencia, la conducta interpersonal a menudo tiene rasgos sadomasoquistas. Una verdadera intersubjetividad resulta imposible”. Concluía diciendo: “no importa que a esta estructura se le llama narcisismo, fetichismo, “borderline”, schizotipal, o pseudopsicosis. Si efectivamente es esta la estructura psíquica que nuestras sociedades están produciendo, lo que importa es comprender el por qué, a fin de encontrar una salida” (p. 195).

Recientemente el escritor español Argullol (1994) declaraba: “La década del noventa parece transcurrir bajo el signo del recelo”. En el mismo sentido, Umberto Eco (1988) descifraba los signos de los tiempos afirmando:

Hay una enfermedad que se apodera de la cultura y de la política de nuestra época. Es una enfermedad de la interpretación que ha influido sobre todo, en la teología, en la política, en la vida psicológica. Su nombre es “síndrome de la sospecha”. Su instrumento es la “detraslogía”: detrás de un hecho se esconde otro más complejo y otro más y así sucesivamente hasta el infinito. La vida es interpretada como un eterno complot. Mas aún, como una cadena de complots. (Eco, 1988, p. 1)

Sin duda, se trata de una de las mejores definiciones de la paranoia, coincidente con el cuadro profético. Esta enfermedad de la cultura posmoderna es la patología de la confianza o el imperio de la “mala fe”. La sospecha es el campo fecundo donde germina el rumor, el chisme, la crítica, la maledicencia, los miedos, el rencor, los celos y aun conductas más violentas como pueden ser las agresiones, atentados y persecuciones. Otras profecías vaticinan el resurgimiento de las persecuciones religiosas. Como ocurrió con Saúl, solamente personas enfermas de paranoia pueden ser agentes de tales salvajismos.

Vivimos en días cuando los niños se identifican con “robocop” o prefieren jugar con una computadora antes que con un osito de peluche; cuando los jóvenes gastan el tiempo y el dinero en la infinita variedad

de videojuegos y los mayores estamos atrapados por la seducción del *zapping*. Vivimos estresados, corriendo, en un estado de confusión, desorientación y falta de sentido. Hoy las relaciones se han cosificado. La gente se evalúa por lo que tiene, no por lo que es. Se han debilitado las relaciones de autoridad, paternidad y filiación. Hoy la familia se reúne, en silencio, al calor de la luz fantasmagórica de la televisión. Se ha perdido la sensibilidad humana y las convicciones que definen la identidad personal. La vocación de absoluto "ha sido remplazada por el nuevo paradigma que es el mercado de bienes y lucro" (Valiente, 1994, p. 6). El *shopping* ha sustituido a las viejas iglesias, cual nuevo altar de las sociedades posindustriales. La tarjeta de crédito es la Biblia de hoy. Pero la religión consumista posmoderna no concede la felicidad ni salvación alguna. La mayor parte de la gente vive frustrada e insatisfecha, con una importante carga de hostilidad, detrás de una máscara apergamizada de socialidad. El hombre de hoy es frío, duro, tenso, de mirada esquiva, con reacciones rígidas y estereotipadas; es hipersensible, desconfiado, vive a la defensiva y está pronto a atacar al mínimo motivo, con un gesto burlón, despreciativo o directamente con la palabra soez y brutalmente insultante. ¿Será ésta la hora de la profecía? ¿Son los tiempos anunciados por las palabras de Jesús? Si realmente estamos bajo la mirada de la profecía que hablaba de la frialdad y del terror que precedería la venida del Mesías, no tenemos porque inquietarnos ya que el itinerario dantesco no culmina en las profundidades del infierno, sino, por el contrario, en el cielo. La profecía abre el horizonte de la pro-

mesa con el anuncio de un mundo mejor y auténticamente feliz. Eso nos reconforta, anima y hace mirar el futuro con esperanza.

Referencias

- Abbagnano, N. (1964). *Historia de la filosofía*. Barcelona: Mantaner y Simon.
- Argullol, R. (1994, 28 de agosto). En la encrucijada. *La Nación*, sección 7a.
- Dostoievski, F. M. (1978). *Crimen y castigo*. Buenos Aires: Biblioteca Básica Universal.
- Eco, U. (1988, 30 de octubre). Umberto Eco, el alquimista de nuestro tiempo. Entrevista de Ferdinando Adornato, *La Nación, Suplemento Cultural* p. 1.
- Ey, H. y otros. (1978). *Tratado de psiquiatría* (8ª ed.). Barcelona: Toray-Masson.
- Ferrater Mora, J. (1965). *Diccionario de filosofía*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Foulquié, P. (1967). *Diccionario del lenguaje filosófico*. Barcelona: Labor.
- Freud, S. (1967) *El malestar en la cultura* (2ª ed.). Madrid: Alianza.
- Fromm, E. (1970). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gergen, K. (1991). *El yo saturado*. Barcelona: Paidós.
- Hesse, H. (1974). *Demian*. México: Cía. General de Ediciones.
- Horney, K. (1969). *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Paidós.
- Marcel, G. (1956). *El hombre problemático*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Margulis, A. (1992, 16 de febrero). Los jóvenes de los 90. El engañoso juego de las apariencias. *Revista La Nación*.
- Minkowski, E. (1954). *El tiempo vivido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sábato, E. (1986). *Sobre héroes y tumbas*. Barcelona: Seix Barral.
- Sloan, T. (1990). ¿Una psicología de la modernización? *Revista Interamericana de Psicología*, 24(2), 189-198.
- Valiente Noailles, E. (1994, 2 de octubre). La cultura del zapping. *La Nación*.
- Wainerman, C. (1994, 6 de octubre). La familia está cambiando. *Clarín*.

La profecía según S. Lucas 21:25 y 26

SIGNOS O SEÑALES

PSICOPATOLOGÍA DOMINANTE

CRONOLOGÍA

1. "en el sol..."		19/5/1780
2. "en la luna..."		19/5/1780
3. "y en las estrellas..."		13/11/1833
4. "angustia de gentes"	<i>Neurosis de angustia</i>	2ª mitad del S. XIX - S. XX
5. "confundidas..."	Estado fronterizo o <i>bordeline</i>	2ª mitad S. XX
6. "desfalleciendo los hombres..."	<i>Psicosis paranoide</i>	finés del S. XX - ?
7. "potencias de los cielos serán conmovidas"		futuro